

## EL INFIEL DE LORD BYRON

UNA TRADUCCION DESCONOCIDA DE  
JOSE ARNALDO MARQUEZ

En junio de 1813 el editor londinense John Murray dio a la estampa el poema de Lord Byron *The Giaour*<sup>1</sup>. En los siguientes siete meses se agotaron rápidamente otras siete ediciones y Byron aprovechó esta fortuna para ir haciendo agregados a su historia hasta duplicar los 685 versos de la primera edición hasta una extensión de 1,334.

El argumento de *The Giaour* no es fácil de seguir debido a su composición fragmentaria y método de narración indirecta con *racontos* que se mezclan a los acercamientos de la narración en primera persona; la obra tiene, pues, una variedad de puntos de vista narrativos y, además, la secuencia no es la cronológica. La historia, resumida y ordenada, es la siguiente: Leila, esclava que le ha sido infiel al turco Hassán, es en secreto arrojada al mar dentro de un envoltorio. El Infiel, su amante, la vengata atacando a la comitiva del turco y quitándole la vida. Luego de varios años, nos encontramos con el Infiel en un monasterio, donde ha ingresado, confesando su crimen a uno de los monjes.

En un ensayo clásico sobre Byron, el poeta inglés T.S. Eliot elogiaba la habilidad narrativa de Byron y, precisamente, escogió *The Giaour* como ejemplificador de sus observaciones: "He examinado *The Giaour* con cierto detalle a fin de mostrar la extraordinaria inventiva de Byron como narrador. No hay nada directo en el narrar de este sencillo relato; y la conducta de los protagonistas es algunas veces tan extraña como confusos son sus sentimientos y motivaciones. Sin embargo, el autor no sólo logra lo que quiere, sino que sale bien librado con la *narración*. Es el mismo talento que Byron perfeccionaría en *Don Juan*; y la primera razón por la que aún puede leerse *Don Juan*, es porque tiene la misma cualidad narrativa que sus primeros relatos. [...] Byron combinó exotismo con veracidad y desarrolló en forma más efectiva el uso del *suspense*. Creo también que la versificación de Byron es la más

---

1. Lord Byron. *The Giaour: A Fragment of a Turkish Tale*. London, John Murray, 1813.

apropiada: pero este tipo de verso es necesario leerlo un buen rato para poder valorarlo, pues su mérito no se nota en las citas"<sup>2</sup>.

Aunque en castellano existen otras traducciones en verso muy estimables<sup>3</sup>, la versión realizada por el poeta romántico peruano José Arnaldo Márquez<sup>4</sup> posee méritos suficientes como para rescatarla del olvido, habida cuenta que ni siquiera se sospechaba que existiese completa.

En su tesis sobre Márquez, Teodomiro González Elejalde sólo da esta escueta información sobre *El Infiel*: "Durante su estadía en Chile en 1886, tradujo por encargo del señor Vergara un poema de Byron de cincuenta páginas"<sup>5</sup>. En su *Biblioteca chilena de traductores*, el puntual y acucioso José Toribio Medina omite la información de la traducción de Márquez<sup>6</sup> que probablemente debió ser un sobretiro de pocos ejemplares. Finalmente, Estuardo Núñez antologó el fragmento introductorio<sup>7</sup> que de *El Infiel* reprodujo en Lima *La Ilustración Sudamericana*<sup>8</sup> y, en base a la información ya citada de González Elejalde, suponía más bien la traducción de otro poema extenso cuyo rastro no había podido encontrar<sup>9</sup>.

En 1977 tuve la fortuna de localizar la versión de Márquez de *El Infiel* en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, cuya copia fotostática debo agradecer al

2. T. S. Eliot. *On Poetry and Poets*. London, Faber and Faber, 1969<sup>6</sup>, pp. 198-199.
3. *El Infiel*. Traducción en verso por Pedro Espinoza. Buenos Aires, 1864; *Tres poemas puestos en versos castellanos [parisina. La novia de Abydos. El Giauor]* por José Núñez del Prado, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Madrid, Imprenta A. Pérez Dubrull, 1886; *El Infiel*. Traducción por Francisco Sellén. Nueva York, 1895. La versión del cubano Francisco Sellén se reprodujo en el segundo tomo de la *Antología de líricos ingleses y anglo-americanos* (Madrid, Biblioteca Clásica, Volumen 234, pp. 281-340), recopilada por el poeta venezolano Miguel Sánchez Pesquera.
4. EL INFIEL / de / Lord Byron / Traducido por / J. Arnaldo Márquez / (Publicado en la *Revista de Artes y Letras*) / Santiago de Chile / Imprenta Cervantes / Calle de la Bandera, 73 / 1887. 59 p.
5. Teodomiro González Elejalde. *José Arnaldo Márquez, la época, su vida, sus obras*. Lima, 1915.
6. José Toribio Medina. *Biblioteca chilena de traductores (1820-1924)*. Santiago de Chile, Anales de la Universidad de Chile, [ 1925 ].
7. Estuardo Núñez. *Autores ingleses y norteamericanos*. Lima, Editorial Cultura. 1956, pp. 293-302.
8. En los números 1 y 3, 1892, pp. 10 y 30-31, de conformidad a la información de Estuardo Núñez.
9. Estuardo Núñez. op. cit. pp. 99-100.

poeta y crítico chileno Pedro Lastra quien, gentilmente y por iniciativa propia, se dio el trabajo de localizar los números de la *Revista de Artes y Letras* en que originariamente se publicó la traducción de Márquez<sup>10</sup> pues la edición de 1887 sólo es un sobretiro de lo publicado en dicha revista.

En la reproducción de *El Infiel* que ofrecemos hemos suplido la traducción del epígrafe de Thomas Moore, la dedicatoria y la advertencia que acompañan a la edición inglesa del poema, no traducidos por Márquez. Hemos intercalado, de acuerdo al original, los puntos suspensivos que sirven para indicar la variedad de ángulos de vista narrativos o el cambio de interlocutores, en vez de la simple barra separadora de la edición chilena que se omite algunas veces o que, en otros casos, aparece de más. Casi al finalizar el poema hemos añadido, entre corchetes, un fragmento que Márquez dejó sin traducir, tomándolo de la versión en verso del poeta cubano Francisco Sellón, a fin de proporcionar completo el texto del poema. Para los agregados y las pausas de puntos suspensivos utilizamos la edición *The Poetical Works of Lord Byron*, London, Oxford University Press, reimpresión de 1960; el texto de *The Giaour* se encuentra entre las páginas 252-264. También hemos consultado con provecho la selección de John D. Jump: *Childe Harold and Other Romantic Poems*, London, J.M. Dent & Sons, 1975; el texto del poema se encuentra entre las páginas 141-172.

*Ricardo Silva-Santisteban*

---

10. *El Infiel* de Byron. (Traducción). *Revista de Artes y Letras*. Santiago de Chile, Tomo VIII, 1886, pp. 428-460, 511-518 y 595-609.

## EL INFIEL

[Fragmento de una historia turca

*Un recuerdo fatal —un martirio que arroja  
su tenebrosa sombra en nuestro gozo y daño—  
en que no da la Vida nada oscuro o brillante,  
en que el gozo es sin bálsamo. . . y la aflicción sin pena.*

MOORE

A  
SAMUEL ROGERS, ESQ.  
COMO UNA PEQUEÑA, PERO LA MAS SINCERA, MUESTRA  
DE ADMIRACION A SU GENIO, RESPETO POR SU  
CARACTER Y GRATITUD POR SU AMISTAD  
LE DEDICA ESTA OBRA  
SU OBLIGADO Y AFECTUOSO SERVIDOR,

BYRON

Londres, mayo de 1983

## ADVERTENCIA

La historia que presentan estos inconexos fragmentos, se basa en circunstancias ahora menos comunes en el Oriente que las de antaño; quizá porque las damas son más circunspectas que en los "antiguos tiempos", o porque los cristianos tienen mejor fortuna, o menos atrevimiento.

La historia, completa, contendría las aventuras de una esclava que, de acuerdo a costumbres musulmanas, fue arrojada al mar por su infidelidad, y luego fue vendida por su amante, un joven veneciano, en la época en que la República de Venecia poseía las Siete Islas, y algo después que los Arnauts fueron batidos de Morea, a la que asolaron poco después de la invasión rusa. La desertión de los Mainotes, al ser rechazado el pillaje de Misitra, los llevó a abandonar esa empresa y a la desolación de Morea, durante la cual la crueldad ejercida en todos los frentes no tuvo paralelo ni siquiera en los anales de los creyentes.]

Ni un suspiro del viento  
viene a rizar la ola adormecida  
bajo la tumba del varón de Atenas:  
tumba que, en lo alto del peñón brillando,  
da al bajel la primera bienvenida  
cuando vuelve a la patria,  
y en la tierra está erguida  
que en vano él supo libertar. ¡Ah! ¿Cuándo  
volverá a ver un héroe tal el mundo?

. . . . .

¡Hermoso clima! A estas dichosas islas  
cada estación sonrío cariñosa;  
y vistas a lo lejos  
desde la altura de Colona, alegran  
el corazón, que esa visión aclama,  
y aun a la soledad prestan encanto!  
Allí en suaves reflejos,  
la faz del oceano, los matices  
de los picos retrata en los cristales  
de las risueñas aguas que acarician  
este Edén de las ondas orientales.  
Si a veces una brisa pasajera  
llega a agitar el azulado espejo,  
o hace caer alguna flor del árbol,  
¡qué grata y lisonjera  
la ráfaga que esparce los olores!  
Porque la rosa allí, bella sultana  
del risueño, que desde lo alto envía  
a su doncella, reina de la flores,  
mil cantos de amorosa melodía,  
se sonroja y se ufana  
al oír esos cánticos de amores.  
Ella, la reina del pensil, su rosa,  
que, lejos del invierno de occidente,  
ni con la nieve su corola enfría  
ni al viento dobla su gallarda frente,  
devuelve al cielo en su más grato aroma  
cuanto dulce le dio naturaleza,  
y envía, agradecida a los favores  
de ese risueño firmamento, olores,  
suspiros perfumados  
y el más bello matiz de sus colores.

Allí también hay estivales flores  
y asilos que el amor codiciaría,  
y, a manera de albergues de descanso,  
grutas donde el pirata se estaciona.  
Desde el plácido asilo del remanso  
su oculta barca espía  
la pacífica proa pasajera,  
cuando asoma el lucero vespertino  
y al son de su guitarra  
canta alegre el marino.  
Entonces, deslizándose a la sombra  
que extiende lejos la escarpada orilla,  
con silencioso remo  
se lanzan los nocturnos salteadores  
sobre la presa, y tornan  
en gemidos las cántigas de amores.  
¡Cuán extraño que allí donde amorosa  
naturaleza quiso  
trazar una mansión digna de dioses,  
uniendo cada gracia y cada encanto  
dentro de este risueño paraíso,  
el hombre, ansioso de desastres, venga  
a tornarlo en desierto!  
El con planta brutal huella las flores  
que ni un instante de labor le deben,  
ni piden a sus manos el cultivo  
para adornar esta encantada tierra:  
¡brotan cual si quisieran eximirlo  
de labor; sólo ruegan  
dulcemente que no las despedace!

¡Extraño, sí, que donde todo es calma,  
desencadene el alma  
fiera pasión que, tumultuosa y ciega,  
tan hermosa comarca  
a la codicia y la rapiña entrega;  
como si las legiones infernales  
asaltando a los ángeles, triunfaran,  
y, libertados hijos del infierno,  
se sentaran en tronos celestiales,  
dueños del firmamento soberano!  
¡Tan suave la escena  
y tan maldito el destructor tirano!

Sólo quien se inclinó sobre un cadáver  
durante el primer día de la muerte,  
primer oscuro día de la nada,  
último de peligro y desventura,  
(antes que borre en el despojo inerte  
la destrucción, las líneas  
en que está todavía la hermosura);  
sólo quien pudo contemplar el sello  
suave y angelical, la inmensa calma  
del rígido despojo pero bello;  
las tiernas aunque inmóviles facciones;  
la languidez de la mejilla plácida;  
tales que sólo por los tristes ojos  
de pupilas veladas  
que no brillan, ni lloran, ni seducen,  
y por el frío inalterable ceño  
con que el último sueño  
parece hablar al corazón doliente,  
como si fuera a trasmitirle ahora  
el destino que teme y mira absorto;  
sí; tan sólo por esto, algún instante,  
quizás una hora entera engañadora  
dudara del poder de aquel tirano.  
¡Tan bella, y apacible, y adormida  
parece la expresión que por primera  
y última vez la muerte da a la vida!  
Tal aparece esta ribera: es Grecia,  
mas no Grecia viviente.  
Tan fríos sus encantos,  
tan sellada de muerte su hermosura,  
que al mirarla sentimos  
con profundo estupor que allí no hay alma.  
Su hermosura es aquella  
plácida inerte calma;  
belleza que en el último suspiro  
no se va por entero,  
pero que muestra aquel siniestro tinte,  
aquella pavorosa florescencia  
que ha de seguirla hasta el sepulcro mismo;  
de la expresión el último destello,  
halo dorado que el no ser circunda,  
último adiós del sentimiento ido,  
chispa de aquella llama  
hija quizás del cielo,

que todavía alumbra mas no inflama  
su amada arcilla, ya insensible hielo.

¡Clima de los valientes no olvidados,  
cuya tierra, en el valle o la montaña,  
siempre ha sido en la Historia  
hogar de libertad, tumba de gloria!  
¡Santuario de los grandes!  
¿Y puede ser que sea esto tan sólo  
cuanto de ti nos queda? . . .  
Acércate ¡oh esclava envilecida!  
¿Son estas las Termópilas? . . . ¡Responde!  
Di, vástago servil de aquellos libres,  
di el nombre de este mar, de esta ribera. . .  
¡El golfo y el peñón de Salamina!  
¡Levántate y haz tuyas nuevamente  
estas nobles escenas cuya historia  
vive aún en la mente!  
¡Toma de las cenizas de tus padres  
las chispas de su fuego primitivo!  
El que en la lid sucumba  
dejará un nombre altivo  
que añadir a esos nombres,  
y haga temblar la tiranía. En tanto  
recogerán sus hijos, como herencia,  
la esperanza, la fama  
que no deshonrarán ni por la vida!  
¡Sí; siempre la batalla de los libres  
que al hijo el padre desangrado lega,  
por más que suela vacilar, es triunfo!  
Tu página viviente ¡oh, noble Grecia!  
y épocas inmortales lo atestiguan.  
Mientras ocultos en oscuro polvo  
los reyes han dejado  
pirámides sin nombre;  
tus héroes, aunque falta de sus tumbas  
la columna arrancada  
en el común desastre, un monumento  
poseen más grandioso todavía:  
¡las sublimes montañas de su patria!  
Allí muestra tu Musa al extranjero  
los sepulcros de aquellos  
que no pueden morir.

Largo y penoso



fuera trazar la marcha, paso a paso,  
 del esplendor a la deshonra. Basta.  
 Jamás un enemigo  
 doblegar pudo tu alma. Es ella sola  
 quien cayó por sí misma. Al yugo extraño  
 la propia humillación abrió camino  
 y a tu infamante esclavitud de ahora.  
 ¿Qué dirá quien recorra tus orillas?  
 No de tu edad antigua la leyenda,  
 ni tema alguno en que la Musa vuele  
 tan alta cual la tuya en esos días  
 en que era digno de la patria el hombre.  
 Los corazones que tus valles crían,  
 las impetuosas almas que a tus hijos  
 guiar pudieran a sublimes hechos,  
 desde la cuna al féretro se arrastran,  
 esclavos. . . no, mas ;siervos de un esclavo!  
 Insensibles a todo; excepto al crimen,  
 y con todos los males mancillados  
 que envilecen al hombre  
 en donde más al bruto se aproxima,  
 sin la virtud siquiera del salvaje  
 y sin un sólo pecho audaz o libre,  
 llevan aún a los vecinos puertos  
 su fraudulenta, proverbial astucia.  
 En esto se revela el griego astuto,  
 por esto, y esto sólo reputado.  
 La libertad en vano invocaría  
 el alma a destruir su servidumbre,  
 o a erguirse el cuello que convida al yugo.  
 Ya no deploro su infortunio acerbo;  
 pero será esta historia una de luto,  
 y aquellos que la escuchen, creer pueden  
 que quien la oyó primero  
 justa razón de lamentarse tuvo.

. . . . .

La sombra de las rocas a lo largo  
 del mar azul oscura se dilata,  
 y parece a los ojos del marino,  
 del pesacador, que en ella  
 se divisa el esquife del pirata.  
 El, temeroso por su frágil barco,

se aparta del paraje más cercano  
 pero más inseguro;  
 y, aunque rendida de labor su mano  
 y entorpecida de la carga al peso,  
 mueve con fuerza el remo lentamente  
 hasta encontrar la hospitalaria orilla  
 donde Puerto-Leone lo recibe  
 a la luz amorosa  
 más propia de las noches del Oriente.

. . . . .

¿Quién es aquel que viene como un rayo,  
 sobre negro corcel, suelta la brida?  
 Despiertan al redor en las cavernas  
 los ecos de sonantes herraduras,  
 y uno a uno repiten el chasquido  
 del látigo y los saltos de caballo.  
 La espuma que blanquea en sus ijares  
 parece haber salido  
 de las espumas mismas de los mares.  
 Aunque las ondas fatigadas duermen  
 en profundo reposo,  
 no le hay dentro del pecho del jinete;  
 y aunque estalle mañana la tormenta,  
 será ¡oh joven infiel! menos violenta  
 que tu agitado corazón. ¿Quién eres? . . .  
 ¡No lo sé: sólo sé que odio tu raza!  
 Mas puedo descubrir en tus perfiles  
 algo que el tiempo acrece y nunca borra:  
 aunque joven y pálida, esa frente  
 descolorida, muestra  
 de indomable pasión la mano ardiente;  
 y aunque al suelo se inclina  
 tu mirada siniestra  
 mientras pasas veloz como un meteoro,  
 ¡bien en ti se adivina  
 uno de aquellos que evitar debiera  
 la progenie de Otmán, o darle muerte!

Y avanza más y más; en su carrera  
 yo con mirada absorta lo seguía;  
 y aunque pasó como si acaso fuera  
 demonio de la noche,

y desapareció como una sombra,  
su aspecto y expresión en mí dejaron  
una memoria que turbó mi pecho.  
Largo tiempo en mi oído  
de su negro corcel resonó el paso  
raudo y despavorido.  
Con la espuela le acosa: ya está cerca  
del profundo barranco  
que sobre el mar se avanza y le da sombra;  
ya, dando vuelta, pasa  
con rápida carrera,  
y al fin tras de la roca desaparece  
libre ya de mi vista. . .  
que siempre al fugitivo fue importuna  
mirada escrutadora,  
y no hay estrella alguna  
sin demasiada luz para quien huye  
en tan extraña hora.  
Siguió el tortuoso curso, y un instante  
dirigió una mirada,  
cual si hubiese de ser ya la postrera:  
refrenó un punto el ímpetu furioso,  
la sinuosa carrera,  
y un momento se irguió sobre el estribo.  
¿Qué buscan sus miradas  
sobre el bosque de olivo?  
La luna brilla en la colina, y tiemblan  
todavía las luces encumbradas  
de la mezquita: a la distancia vense  
brillar alegremente las descargas  
del fusil, cuyos ecos no se escuchan,  
pero que muestran del creyente el celo.  
Ya el sol de Ramazán bajó del cielo,  
y ya la fiesta de Bairam empieza  
junto con esta noche. Mas ¿quién eres  
tú, de extranjero traje y ceño airado? . . .  
Ni ¿qué son para ti tales placeres,  
que por ellos te pares o te fugues? . . .

Irguióse; algún temor se revelaba  
en su rostro; mas luego  
se grabó el odio en su lugar: no el odio  
de cólera violenta,  
que con súbito fuego el rostro inflama;

sino el de helada palidez, cual muestra  
el mármol de la tumba  
cuya blancura la hace más siniestra.  
Torvo el ceño, iracunda la mirada,  
y alzado el brazo amenazante, agita  
la diestra mano de furor crispada,  
como dudando si tornar debiera,  
o seguir la carrera.  
El bridón, impaciente  
de no poder seguir, lanza un relincho;  
y, como quien despierta de su sueño  
al chillido de un búho, de repente,  
volvió en sí el fugitivo,  
dejó caer la mano levantada  
y asió con ella el puño de la espada.  
Hierde otra vez la espuela  
de su corcel el flanco,  
y avanza, corre, vuela  
para salvar la vida. El noble bruto  
veloz, cual disparada javelina,  
parte al sentir el acicate agudo.  
Ya traspone la roca, en la ribera  
cesó ya del galope el eco rudo:  
ya ganó el alto risco,  
y al fin desaparecen  
su cristiana cimera y faz altiva.  
Fue por sólo un instante que detuvo  
al fiero potro con seguro freno:  
un instante en que erguido se mantuvo,  
y al punto huyó, cual si, de espanto lleno,  
viese a la misma muerte perseguirlo.  
¡Ah! pero en ese instante  
parecieron rodar sobre su mente  
desolados inviernos de memorias,  
y condensarse en esa sola gota  
de tiempo, edades de dolor y crimen.  
Porque sobre quien ama o aborrece,  
sobre aquellos que temen o que gimen,  
parecen derramarse en tal momento  
años de sufrimiento.  
¿Qué sentía en su pecho desolado  
por cuanto más lo oprime y lo tortura?  
Ese instante de pausa en su camino  
que, como el fiel de la balanza oscila,

oscilaba pesando su destino  
¿quién medirlo pudiera  
en su terrible duración? . . . ¡Momentos,  
casi nada del tiempo en los anales,  
y para el pensamiento  
toda una eternidad! Como el espacio  
sin límites, al alma se aparece  
el mal que ha de vivir en la conciencia:  
un segundo infinito, desventura  
que no tiene esperanza ni termina.

Pasó la hora y el infiel es ido:  
mas ¿ha fugado o ha caído sólo?  
¡Ay de la hora en que llegó o se aleja!  
Sobre el crimen de Hassán ha descendido  
la maldición siniestra  
que tornará en sepulcro su palacio.  
Vino y pasó, cual tromba del desierto  
mensajera de muerte y exterminio,  
ráfaga abrasadora del espacio  
que hasta el ciprés agosta; el árbol triste,  
de las tumbas sombrío centinela  
que, cuando ya ha pasado el duelo humano,  
él todavía vela.

En el hogar de Hassán no queda un siervo;  
ya no está su corcel en el establo,  
la araña solitaria  
su parda tela más y más extiende  
lentamente en el muro;  
el murciélago habita  
en el retrete del harem; el búho  
invade las almenas de la torre  
de su gran fortaleza; y en la orilla  
del surtidor, sediento el perro aúlla  
¡que en su lecho de mármol no hay corriente,  
y está de polvo y de maleza henchida!

Grato era ver los juegos de la fuente  
subir en caprichoso remolino  
dando fresca al abrasado ambiente  
y caer de la altura,  
cual rocío argentino  
para vestir la tierra de verdura;

grato era ver en la serena noche,  
cuando sin nubes las estrellas brillan,  
rielar en las aguas sus destellos,  
y oír de aquel rumor la melodía.  
¡Cuántas veces al pie de esa cascada  
jugaba Hassán en su niñez primera!  
¡Cuántas ese rumor le arrulló el sueño  
entre los brazos de su madre amada!  
¡Y cuántas, ay, su juventud ardiente  
sobre este suelo mismo  
de la beldad al canto se embebía,  
y más dulce su música, mezclada  
con el grato rumor, le parecía!  
Mas la vejez de Hassán ya nunca, nunca  
a la luz del crepúsculo expirante  
hallará aquí reposo: la corriente  
que llenaba la fuente  
acabó de correr, y está vertida  
la sangre calorosa  
que al corazón de Hassán prestaba vida,  
y nunca más el son de voz humana  
se oírá vibrar aquí, triste o alegre.  
La última nota lúgubre que el viento  
arrebato al pasar, fue el alarido  
de una mujer, fue su último lamento.  
Ese perdióse en el silencio; ahora  
nada se mueve, excepto en la ventana  
la celosía que al soplar el cierzo  
golpea el alféizar; mano ninguna  
la cerrará cuando el turbión desate  
las ráfagas y el agua de la lluvia.  
Así como en la arena del desierto  
sería gozo descubrir las rudas  
huellas del paso que marcara un hombre,  
también aquí cualquiera voz humana,  
aunque fuese de duelo,  
despertando los ecos brindaría  
siquiera algún consuelo;  
diría, al menos: "No han pasado todos:  
hay huellas de la vida  
en uno, en uno sólo."

Todavía  
se ven doradas cámaras doquiera,  
que a sociedad y no a silencio invitan;

y bajo de esta cúpula la mano  
 del tiempo lentamente  
 prosigue su faena destructora.  
 Pero ¡cuánta tristeza  
 en la noble fachada!  
 Ya ni el Fakir ni el Dervis peregrino  
 se detienen aquí: no les espera  
 la mano hospitalaria y generosa,  
 ni bendice el viajero  
 la sal y el pan. Ahora, indiferentes,  
 sin dar ni recibir una mirada,  
 pueden pasar el rico y el mendigo;  
 que la fineza y la piedad murieron  
 cuando Hassán cayó muerto en la montaña.  
 Su techo, un tiempo hospitalario abrigo,  
 es de desolación guarida hambrienta,  
 y huye el pórtico el huésped  
 y del trabajo el servidor se ahuyenta,  
 desde que el sable del infiel triunfante  
 dividió su turbante.

. . . . .

Oigo pasos que vienen,  
 pero ninguna voz llega a mi oído.  
 Se acercan: ya diviso  
 cada erguido turbante  
 y el yatagán en su plateada funda.  
 Un emir con su verde vestidura  
 es el que va delante.  
 “¡Hola! ¿Quién eres?”  
 “Paz sea contigo.  
 Ya lo ves: un creyente de Mahoma”.  
 “Esa carga que llevas  
 con tan gentil cuidado,  
 harto valiosa debe ser. Acaso  
 la podría llevar mi barca”.  
 “Sea.  
 Larga tu bote y que nos lleve fuera  
 de esta muda ribera.  
 No despliegues la vela. Toma un remo  
 de los que hay esparcidos,  
 y llévanos al medio de esas rocas  
 adonde en sus canales

duermen aguas profundas y sombrías.  
 Descansa. Bien has trabajado. Bueno.  
 Derecho y velozmente nos trajiste;  
 mas juro que este viaje  
 será el más largo para . . . . .  
 . . . . .”

De repente  
 cayó al agua y hundióse poco a poco  
 formando anillos que a la playa fueron.  
 Yo le seguía con la vista: un punto  
 creí que una corriente  
 lo hacía estremecer, pero sin duda  
 fue algún rayo de luz que estremecido  
 se deslizó en las aguas. Seguí viendo  
 hasta que se borró, cual pedrezuela  
 que va disminuyendo y desaparece;  
 cada vez más y más imperceptible  
 un punto blanco apenas  
 que burlaba los ojos,  
 pequeña joya de aguas o de arenas.  
 Allí duermen ocultos sus secretos  
 de los genios del mar sólo sabidos,  
 que allá en sus cuevas de coral temblando  
 ni aun osan susurrarlos a las olas.

. . . . .

Cual mariposa azul de Cachemira,  
 reina de primavera en el Oriente,  
 que en la extensa llanura de esmeralda  
 bate el ala purpúrea, y caprichosa  
 a su infantil perseguidor incita  
 para hacerse seguir de rosa en rosa,  
 y al fin de aquella caza vuela en alto,  
 y lo deja lloroso y abatido;  
 tal la belleza atrae al niño adulto  
 con no menos brillante colorido  
 ni alas menos errantes y ligeras:  
 caza de vanos sueños y temores,  
 que empieza en risa y se termina en llanto.  
 Si triunfa, igual desventurada estrella  
 rige a la mariposa y a la bella:  
 vida de angustia, padecer sin calma,



da la mano del niño  
 y da del hombre caprichosa el alma.  
 Pierde su dulce encanto  
 sólo con ser habido, el adorable  
 frágil juguete que anhelaba tanto;  
 y cada vez la mano al retenerla,  
 con el contacto despojó sus alas  
 de los tintes más bellos,  
 ¡hasta que, sin matices ni hermosura,  
 la deja ya que vuele o caiga sola!  
 Herida el ala, destrozado el pecho,  
 ¿dónde hallará reposo  
 ninguna de esas víctimas? ¿Acaso  
 podrá volar aquélla, sin sus alas,  
 desde la rosa al tulipán, como antes?  
 ¿O podrá, profanada la belleza,  
 hallar gozo en las ruinas del santuario  
 que guardó su pureza?  
 No. Los insectos que dichosos vuelan  
 jamás el ala inclinan ni la posan  
 junto a aquellos que expiran;  
 y más hermosos seres  
 que con piedad los infortunios miran  
 y dan su llanto a las caídas todas,  
 la niegan ¡ay! a la infeliz hermana,  
 que en su extravío apura  
 el cáliz de la afrenta y la amargura.

. . . . .

La mente que medita en las angustias  
 de un crimen, se parece  
 al escorpión a quien circunda el fuego  
 cuyo anillo, inflamándose, decrece.  
 Cautivo entre las llamas  
 y por dolores mil atormentado,  
 lo enloquece la ira  
 y un solo alivio a su tormento mira.  
 el ponzoñoso dardo que guardaba  
 para sus enemigos, y que nunca  
 dio en vano su veneno. El da un instante  
 de dolor, y liberta  
 para siempre de todos los dolores.  
 Y al fin, desesperado,

lo clava en su cabeza.  
 Así mueren aquellos de alma oscura,  
 o viven a manera de escorpiones  
 circundados de fuego:  
 tal se agita y tortura  
 de su remordimiento presa el alma  
 a quien rechaza el mundo;  
 y a quien del cielo aleja su destino:  
 ¡tinieblas en la altura,  
 la desesperación abajo de ellas,  
 fuego al redor, y por adentro muerte!

. . . . .

De su harem huye el negro Hassán: su vista  
 ninguna forma femenil advierte,  
 y pasa hora tras hora en una caza  
 que más que distraerlo le contrista.  
 ¡Ah! que no de esta suerte  
 tenía que ausentarse  
 cuando moraba Leila en su serrallo.  
 ¿No habita ya ella allí? Sólo podría  
 Hassán dar la respuesta;  
 pero extraños rumores  
 cuentan en la ciudad: Que allá en la tarde  
 en que de Ramadán el sol postrero  
 se ocultó en el ocaso,  
 y millares de lámparas fulgentes  
 desde lo alto de cada minarete  
 vinieron a anunciar al vasto Oriente  
 la fiesta de Bairam, fugó la bella.  
 Se alejó entonces como yendo al baño,  
 y Hassán la buscó en vano, ciego de ira;  
 que ella burló su cólera, vistiendo,  
 como disfraz, el traje  
 de algún georgiano paje;  
 y del poder del musulmán ya lejos,  
 traicionó a Hassán con el infiel cristiano.  
 Algo aquél presumía;  
 mas ella parecía  
 siempre tan afectuosa, tan sincera,  
 que él confió ciegamente en el esclavo  
 (cuya traición la muerte merecía)  
 y se fue a la mezquita aquella tarde

y en seguida al banquete de su kiosco.  
 Esto refieren sus esclavos nubios;  
 mas otros dicen que en aquella noche  
 a la trémula luz de tibia luna,  
 viose al infiel en su caballo negro,  
 sangriento el acicate, correr solo  
 sin conducir ni paje ni doncella.

. . . . .

Vano el decir sería  
 todo el encanto de sus negros ojos;  
 mas si queréis imaginario, acaso  
 lo podréis contemplando a la gacela:  
 tan grandes y tan dulcemente oscuros;  
 y resplandece el alma en los destellos  
 que salen de la sombra de sus párpados  
 cual del rubí imperial los resplandores.  
 Sí: del *alma*; y en vano me diría  
 nuestro Profeta que la forma es nada  
 sino un poco de arcilla respirando.  
 Yo se lo negaría  
 aunque me viera en el angosto puente  
 de Al-Sirat, que temblando  
 se alza sobre el océano de fuego,  
 y tuviera a mi vista el Paraíso  
 y me llamaran sus huríes todas.  
 ¡Oh! ¿Quién podría de la joven Leila  
 leer en la mirada,  
 y no borrar la parte de su credo  
 que llama a la mujer polvo sin alma,  
 juguete para el goce de un tirano?  
 Puede el Muftí mirarla, y decir de ella  
 que se ve al Inmortal tras de sus ojos.  
 De sus mejillas el frescor lozano  
 tiene los tintes suavemente rojos  
 de la flor del granado.  
 y sin cesar renuevan sus sonrojos.  
 Como cascadas de jacintos, caen  
 en ondas sus magníficos cabellos,  
 cuando entre sus doncellas  
 álzase erguida sobre todas ellas,  
 hasta barrer el mármol en que lucen  
 sus pies, más blancos que la pura nieve

de las cimas, caída de la nube,  
 antes que mancha alguna la empañara  
 cuando tocó la tierra.  
 Y con la majestad del cisne nuevo  
 que se mueve en el agua, así en el suelo  
 mueve el paso la hija de Circasia,  
 el ave más divina de su patria.  
 Cuando la planta de un extraño huella  
 la margen que las aguas aprisiona,  
 yergue su cuello el cisne, y fiero hiende  
 la onda con sus alas encrespadas;  
 tal de la hermosa Leila se levanta  
 más ebúrnea y esbelta la garganta.  
 Armada así con su beldad, solía  
 contener las miradas indiscretas,  
 y hacer que hasta la audacia, enmudecida,  
 retrocediera ante el encanto mismo  
 que quería ensalzar.

Gracioso, esbelto  
 era su talle, y lleno de ternura  
 su corazón para su fiel amante.  
 ¡Su amante! y ¿quién, altivo Hassán, quién era?  
 ¡Ah! No fue para ti tan dulce nombre!

. . . . .

El fiero Hassán emprende una jornada  
 en que veinte vasallos son su escolta.  
 Cada cual lleva en varonil arreo  
 el arcabuz y el yatagán agudo;  
 y a su cabeza el jefe, en son de guerra,  
 lleva en el cinturón la cimitarra  
 teñida con la sangre de rebeldes  
 que en el desfiladero se apostaron.  
 ¡Pocos volvieron a contar la historia  
 de lo que en Parne sucedió en el valle!  
 En su arzón están puestas las pistolas  
 que un día fueron de un bajá, y que ahora,  
 aunque esmaltadas de oro y pedrería,  
 a los bandidos mismos amedrentan.  
 Dicen que va a traer una doncella  
 más fiel que aquella que dejó su lado:  
 ¡esa pérfida esclava,  
 más que pérfida aún, que el juramento

violar pudo, y violar por un cristiano!

. . . . .

Brilla el sol del ocaso, y la colina  
y el arroyo que baja de la fuente  
con sus postreros rayos ilumina:  
fresca y limpia corriente  
cuya presencia el montañés bendice.  
Aquí bien puede el mercader de Grecia  
encontrar el reposo  
que buscaría en vano en las ciudades,  
harto cercanas de su extraño dueño,  
y nadie lo vería  
si oculta aquí por miedo su tesoro.  
Esclavo entre la turba  
y libre en el desierto,  
puede llenar de vino aquí la copa  
que al musulmán la religión prohíbe.

. . . . .

Ya del desfiladero en la salida  
se encuentra el primer tártaro, conspicuo  
por su amarillo gorro,  
mientras los otros en sinuosa línea  
desfilan a lo largo del sendero  
marchando lentamente.  
Arriba encumbra la montaña rocas  
donde buitres sedientos  
el corvo pico aguzan. Esta noche  
acaso tengan un festín que pueda  
tentarlos a bajar antes del alba.  
Abajo, el cauce triste y desolado  
de un arroyo de invierno,  
que al fuego del estío se ha secado  
sin dejar nada más que unas malezas  
que, nacidas apenas, se marchitan.  
A cada lado del central sendero  
yacen rotos fragmentos de granito  
arrancados acaso por el tiempo  
o por los rayos, a la agreste altura  
envuelta por la bruma de este cielo;  
porque ¿quién vio jamás sin ese velo

el pico de Liacura.

. . . . .

Llegan por fin al bosque de los pinos:  
"¡Llor a Dios! Ya no hay peligro alguno,  
porque se ve allá abajo la llanura  
e irán a toda brida los caballos".  
Esto dijo el de Scío, y al instante  
silbó una bala que rozó el turbante,  
y el tártaro primero cayó en tierra.  
Apenas pueden sujetar la brida,  
y saltar de sus potros los jinetes;  
mas tres ya nunca montarán. En vano  
claman los moribundos por venganza  
contra aquellos ocultos enemigos  
que dan la herida sin mostrar la mano.  
Desnudo ya el acero,  
y apoyada al arzón la carabina,  
parapetado atrás de la montura  
uno que otro se inclina.  
Otros huyen y buscan un asilo  
tras la roca vecina  
y esperan allá el fuego; que no quieren  
quedar inermes a verter su sangre  
al golpe de invisibles enemigos  
que a dejar no se atreven  
el escarpado albergue en que se ocultan.  
Sólo el altivo Hassán bajar desdeña  
del caballo, y prosigue su camino:  
¡hasta que el fuego que a su frente estalla,  
claramente le enseña  
cuán bien de los ladrones la canalla  
aseguró la única salida  
que a su presa infeliz salvar pudiera!  
Entonces de ira se erizó su barba,  
y ardió en sus ojos más terrible brillo:  
"Aunque silban las balas cerca y lejos,  
de más sangrientas horas me he salvado."  
Ya ahora el enemigo  
sale de su emboscada y les intima  
la rendición; pero de Hassán el ceño  
y su palabra airada son temidas  
más que enemigo sable;

y no hay un hombre en su pequeña banda  
que yatagán ni carabina entregue  
ni *jamaun!* clamando, por su vida ruegue!  
Cada vez más cercanos  
los enemigos, no ya ocultos, vense  
salir de entre el bosque,  
y algunos, en caballos de batalla,  
caracoleando avanzan.  
¿Quién es aquél de enrojecida diestra  
cuya extranjera espada refulgente  
feroz los guía en la mortal palestra?  
“ ¡Es él! ¡Es él! Bien lo conozco ahora  
por su pálida frente,  
por sus pupilas de fatal agüero,  
siempre a la envidia y la traición aliadas,  
y por su barba, como el cuervo oscura.  
¡Aunque reviste del arnauta el traje,  
el renegado de su vil creencia  
no escapará por eso de la muerte!  
Es él. ¡Dichoso encuentro, en cualquier hora,  
el de este infiel a quien amaba Leila,  
el de este infiel maldito!”  
Cual corre turbio río al oceano  
en caprichosa, torrencial corriente;  
como impele contraria la marea  
altivas moles de azulado brillo  
la invasora corriente rechazando  
y aguas revuelve y encrespada espuma,  
mientras al viento del invierno rugen  
rápidos remolinos  
y enfurecidas olas;  
entre lluvias de líquidos diamantes  
con el fragor del trueno  
las aguas, como rayos,  
vestidas de terrífica blancura,  
azotan las orillas,  
que lucen y al estruendo se estremecen;  
así, río y marea que se juntan  
en ondas que al tocarse se enfurecen,  
las bandas enemigas,  
que el mutuo agravio, el odio, y el destino  
ciegamente conducen, ya se encuentran.  
Relampaguean al herir los sables  
y de sus golpes vibran los sonidos;

y de cerca y de lejos  
 atruenan los oídos  
 los disparos de muerte que en el aire  
 silbando pasan; y por todo el valle,  
 que más al canto pastoril provoca,  
 repercute el rumor del choque fiero,  
 los gritos y clamores de la guerra.  
 ¡Pocos son ellos; pero es lucha a muerte  
 en que no se habla de cuartel ni vida!  
 ¡Ah! Con estrechos lazos  
 pueden los juveniles corazones  
 cambiar caricias uno de otro en brazos;  
 mas no puede el amor, ni aun por el premio  
 de cuanto ansía la belleza darle,  
 palpitar con tan íntima violencia  
 cual la que el odio inspira  
 en un postrer abrazo a los rivales,  
 cuando en la lid sus brazos se entrelazan  
 sin que puedan jamás tornar a abrirse!  
 Para decirse adiós, júntanse siempre  
 los amigos, y parten:  
 de la crédula fe el amor se ríe:  
 mas los que son rivales verdaderos,  
 si se hallan, se han juntado hasta la muerte.

. . . . .

Hasta la empuñadura  
 abollado el acero  
 del sable, que destila gota a gota  
 la sangre que vertiera; aún asido  
 por la trémula mano, que, convulsa,  
 sobre la inútil arma se estremece;  
 lejos de él el turbante,  
 el ancho pliegue por mitad hendido;  
 rasgada la flotante vestidura  
 al filo de la espada,  
 y en roja sangre oscura  
 por dondequier manchada,  
 como esas nubes que en la aurora anuncian  
 con sus matices rojo y ceniciento,  
 que ha de acabar en tempestad el día;  
 teñida con su sangre la maleza  
 donde ha caído de su chal bordado



cualquier jirón; atravesado el pecho  
 de innúmeras heridas,  
 y al cielo vuelto el rostro,  
 yace el vencido Hassán; pero sus ojos  
 no cerrados aún, al enemigo  
 amenazar parecen todavía  
 ;cual si la hora que selló su suerte  
 dejar quisiera su odio inextinguible  
 sobrevivir hasta a la misma muerte!  
 Sobre él se inclina el vencedor, con ceño  
 tan siniestro y terrible  
 como el de aquél que yace en sangre y polvo.

. . . . .

"Leila duerme debajo de las olas,  
 sí; pero él tiene más sangrienta tumba.  
 Bien supo el alma de ella  
 dirigir el acero  
 que abriese el corazón de este malvado.  
 El invocó al Profeta,  
 mas su poder fue inútil contra el golpe  
 del vengador cristiano: a Alá imploraba,  
 mas pasó su plegaria  
 sin ser tomada en cuenta, ni aun oída.  
 ¿Pensaste ;imbécil! que podría acaso  
 ser perdida la súplica de Leila  
 allá en el cielo, y prosperar la tuya?  
 Vigilé la ocasión, me alié con estos  
 para caer sobre el traidor; y ahora  
 que ya está satisfecha mi venganza  
 y está la acción cumplida,  
 ahora parto. . . pero parto solo".

. . . . .  
 . . . . .

Suenan las campanillas  
 de los camellos rumiadores. Ella,  
 la madre, desde la alta celosía  
 vio brillar el rocío de la tarde  
 como regado sobre el verde pasto.  
 "Es tarde ya; su tren debe estar cerca".  
 No encontraba reposo

en la glorieta del jardín, y sube  
 por ver desde su torre más erguida.  
 "¿Por qué, por qué no viene?  
 Raudos son sus corceles, y resisten  
 al calor del estío.  
 ¿Por qué no envía el novio  
 la ofrenda prometida?  
 ¿Acaso está su corazón más frío;  
 o es lento ya su berberisco potro?  
 ¡Oh, injusta queja! Un tártaro allá veo  
 que ha ganado la próxima montaña  
 y baja fatigado la pendiente.  
 Ya llega al valle. En el arzón colgada  
 trae la esperada ofrenda. ¿Y pensar pude  
 que no era asaz ligero su caballo?  
 Con larga mano premiaré al jinete  
 su rapidez y su penosa marcha."  
 Bajó en la puerta el tártaro, y apenas  
 pudo erguir su exterior desfalleciente;  
 se ve en su faz morena el desconsuelo,  
 pero acaso es la huella del cansancio,  
 y las manchas de sangre de su traje  
 son quizá de los flancos de su potro.  
 Saca la ofrenda que en su pecho guarda. . .  
 ¡Oh, ángel de la muerte,  
 de Hassán es la cimera destrozada,  
 y es el turbante hendido,  
 y es el caftán con sangre enrojecido!  
 "Señora, tu hijo en pavorosa nupcia  
 queda allá desposado.  
 No me dejaron por piedad la vida,  
 sino para traer esta reliquia  
 desgarrada y sangrienta.  
 ¡Paz al valiente que perdió su sangre!  
 ¡y ay del cristiano! Es suyo sólo el crimen."

. . . . .  
 Un turbante tallado en tosca piedra,  
 y una pilastra oculta en las malezas,  
 en la cual puede apenas descrifrarse  
 el verso del Korán que llora al muerto,  
 marcan el punto donde Hassán cayera  
 víctima en ese valle solitario.

Jamás dobló en la Meca la rodilla  
 mejor hijo de Omar que el que allí yace,  
 por más que desdeñara  
 el prohibido vino, o que rezara  
 sus preces vuelto el rostro hacia el santuario;  
 preces que nuevamente se recitan  
 al solemne sonido en que convoca  
 el muezlin desde el alto minarete.  
 Y, sin embargo, sucumbió al empuje  
 de una mano extranjera,  
 y como extraño a su nativo suelo.  
 Sucumbió combatiendo, y hasta ahora  
 no se vengó su sangre todavía.  
 Allá en el paraíso  
 las vírgenes lo invitan impacientes;  
 y las huríes con sus negros ojos,  
 cielos de amor, con afectuoso brillo  
 por siempre lo verán. Ya se aproximan,  
 y, sus verdes pañuelos agitando,  
 le dan la bienvenida  
 con el beso que premia a los valientes;  
 ¡que quien sucumbe en lid contra el cristiano,  
 de inmortal galardón es el más digno!

. . . . .

Mas tú, traidor infiel, en la tortura  
 sentirás la guadaña vengadora  
 de Moukir; ni hallarás a tu tormento  
 otra salida que vagar en torno  
 del trono de Eblis, rey de las tinieblas.  
 ¡Sólo fuego voraz, inextinguible,  
 alrededor y adentro  
 abrazará tu corazón maldito!  
 ¡Y no hay oído que oiga, o voz que alcance  
 a decir las torturas de ese infierno!  
 Arrancado tu cuerpo del sepulcro,  
 primero te enviarán como Vampiro  
 para rondar en torno a tus hogares  
 cual fantasma cruel, y de tu raza  
 chupar toda la sangre.  
 A media noche secarás la fuente  
 vital de tu hija, tu mujer, tu hermana,  
 aunque abomines el fatal banquete

en que por fuerza buscará sustento  
tu lívido cadáver animado.  
Tus víctimas sabrán, antes que expiren,  
que este demonio fue su mismo padre,  
y te maldecirán como tú a ellas  
¡flores muertas de un tallo maldecido!  
Uno tan sólo de esos que tu crimen  
hará morir, tu hijo más pequeño,  
como por bendición te dirá: *Padre*,  
y esta palabra inundará de fuego  
todo tu corazón. Mas, no hay remedio,  
tienes que ir hasta el fin de tu faena;  
ver el color postrero en su mejilla,  
el último destello de sus ojos,  
y espiar en la pupila moribunda  
la mirada sin brillo,  
que en el lívido tinte se congela.  
Y arrancar luego con impía mano  
de sus blondos cabellos las guedejas,  
cuyos rizos en vida se atesoran,  
prenda de la más íntima ternura;  
pero que ahora llevarás contigo,  
memoria de tormenta y agonía.  
De tu diente voraz y feroz labio  
destilará tu más preciada sangre;  
¡y al descender de nuevo a tu sepulcro  
maldito, los espectros más horribles  
tendrán horror de ti, y huirán de verte  
a ti, que aún eres más maldito que ellos!

. . . . .

“¿Podéis decirme el nombre de ese monje?  
Alguna vez he visto sus facciones  
en mi tierra natal, ha largo tiempo;  
cuando al escape, en la desierta playa  
corría sobre un potro tan ligero  
cual le tuvo jamás jinete alguno.  
Sólo una vez le vi; pero su rostro  
mostraba tan profundo sufrimiento,  
que no pude olvidarlo. Ahora mismo  
no se ha borrado esa expresión, sombría  
como la muerte, que su ceño marca.  
Hace seis años que por vez primera,

en medio del estío,  
 vino a morar aquí entre los hermanos:  
 y le place albergarse en este sitio,  
 quizás por algún hecho misterioso  
 de que no habla jamás. Nunca le vemos  
 postrarse a la plegaria de la tarde,  
 o arrodillarse a confesar sus culpas,  
 ni contemplar si al firmamento suben  
 el incienso o el himno;  
 sino que dentro de su celda a solas  
 silencioso medita.

Nada se sabe de su fe o su raza.  
 Vino desde la tierra del pagano  
 cruzando el mar, y aquí desde la costa;  
 mas no parece de otomano origen  
 y es cristiano tan sólo en el aspecto.  
 Más bien semeja un renegado errante  
 que estuviera del cambio arrepentido,  
 salvo que evita entrar en el santuario,  
 y no prueba el sagrado pan y vino.  
 Grandes larguezas a estos muros trajo,  
 con que ganó de nuestro abad la gracia;  
 pero, a ser yo el Prior, ni por un día  
 sufriera de ese extraño la presencia,  
 o le condenaría a que por siempre  
 morase en nuestra celda de castigo.

¡Mucho, a veces, murmura en sus visiones  
 de una doncella bajo el mar sepulta,  
 de sables que se chocan, de enemigos  
 que huyen, de musulmanes moribundos,  
 y de agravios que claman por venganza;  
 ¡y aun se le ha visto en pie sobre el barranco  
 hablar como en delirio a alguna mano  
 recién cortada del armado brazo,  
 visible para él sólo,  
 que a su sepulcro a caminar lo impele  
 y lo excita a arrojar entre las olas!”

. . . . .  
 . . . . .

Sombrío y casi sobrehumano ceño  
 bajo el capuz oscuro se cobija;  
 y el fulgor de esos ojos dilatados

revela demasiado de otros tiempos.  
Aunque variable, sin color distinto,  
muchas veces aquel que lo contempla  
siente de su mirada el peso extraño;  
porque hay en ella la secreta magia  
que habla, y que con palabras no se explica;  
un espíritu indómito, elevado,  
que aspira a subyugar y que subyuga.  
Y, como el ave cuyas alas tiemblan  
no puede huir del áspid que lo mira,  
otros bajo el poder de su mirada,  
que apenas pueden resistir, se abaten.  
Temeroso quisiera huir el monje  
si se encuentra con él, acaso, a solas;  
como si esa mirada, esa sonrisa  
tan llena de amargura, contuvieran  
el contagio del miedo y del delito.  
No sonrís a menudo: y al hacerlo,  
¡triste cosa! parece  
que escarneciera la miseria humana.  
¡Cómo el pálido labio se estremece,  
y se contrae, y luego queda inmóvil,  
como si fuese para siempre! Acaso  
su desdeñoso orgullo, o sus pesares  
le han prohibido que jamás sonrís;  
y así ha de ser: tan lúgubre sonrisa,  
jamás pudo nacer del regocijo.  
Pero es aún más triste en ese rostro  
escudriñar la huella  
de lo que fueron emociones antes;  
que aún no ha fijado el tiempo las facciones,  
sino ha mezclado el mal con rasgos puros;  
y hay allí tintes que no se han borrado,  
y una mente hacen ver no envilecida  
por el crimen que un tiempo meditara.  
La muchedumbre sólo ve las sombras  
de los delitos y su justa pena;  
mas el atento observador descubre  
una alma noble y una extirpe excelsa.  
Aunque ambas ¡ay! inútilmente dadas,  
y acaso transformadas por la angustia  
o por el crimen mancilladas, siempre  
sobre el vulgo se eleva el que ha podido  
ser recipiente de tan altos dones;

y en él se fija sin querer la vista  
con íntimo estupor, casi con miedo.  
Así, rústico albergue sin techumbre,  
lleno de grietas y cayendo en ruina,  
no detiene los pasos del viajero;  
pero la altiva torre que la guerra  
o el rayo han destrozado, mientras tiene  
siquiera alguna almena levantada,  
atrae y fija su mirada al punto;  
cada arco festonado por la hiedra,  
cada columna solitaria, evocan  
altos recuerdos de pasadas glorias,  
y altivamente un homenaje piden.  
“Plegando la flotante vestidura,  
pasa entre las columnas de la nave  
con lenta marcha, y tristemente mira,  
él, que es mirado con temor, los ritos  
que santifican el solemne templo;  
pero cuando la antífona resuena,  
y se estremece el coro con el canto,  
y se postran los monjes, se retira.  
Véase allá en el solitario pórtico  
a la luz indecisa de una antorcha,  
y allí se tiene hasta que todo pasa.  
Escucha la oración, mas él no ora.  
Ved: cabe el muro iluminado a medias,  
echa atrás el capuz, y caen los rizos  
de su negra, ondulosa cabellera  
coronando en desorden esa frente;  
como si la serpiente más oscura  
de la terrible frente de Gorgona,  
en torno de la suya se enroscara.  
El rechaza los votos del convento,  
y el profano cabello crecer deja,  
mas sigue en lo demás nuestras usanzas.  
No su piedad sino su orgullo le hacen  
enriquecer esta mansión, que nunca  
le oyó ni voto, ni piadosa frase.  
¿No veis? Cuando la mística armonía  
con su más alta voz saluda al cielo,  
notad su rostro lívido, y ese aire  
de desesperación y desconfianza.  
¡Apártele del templo San Francisco!  
¡No sea que la cólera divina

caiga en nosotros con terrible muestra!  
 Si alguna vez un ángel malo pudo  
 vestir forma mortal, fue una como esta;  
 y así Dios me perdone  
 como es verdad que semejante aspecto  
 nunca del cielo o de la tierra ha sido.”

Siempre al amor propensos  
 fueron los corazones más benignos,  
 mas él no los posee por entero:  
 tímidos, los arredran las desgracias;  
 y demasiado mansos, no se atreven  
 a erguir la frente y desafiar altivos  
 la desesperación. Tan sólo es dado  
 a fuertes corazones el que sientan  
 heridas que jamás el tiempo cura.  
 El áspero metal, para que brille  
 su superficie, ha de sufrir el fuego  
 al salir de la mina;  
 y en el calor de la candente fragua  
 se dobla y funde; pero es siempre el mismo.  
 Templado luego a voluntad, te sirve  
 para que te defiendas o que mates:  
 ya coraza en las horas de peligro,  
 ya espada con que herir al adversario.  
 Pero si forma de puñal reviste  
 ¡ay de los que en malhora le afilaren!  
 Así, el ardor de la pasión, y el arte  
 de la mujer, el corazón más fuerte  
 llegan a modelar: de entrambos toma  
 temple y forma a la vez y para siempre  
 queda tal como aquéllos lo formaron.  
 No se vuelve a doblar: se rompería.

. . . . .  
 . . . . .

Poco alivio al pesar es que suceda  
 la soledad al padecer: el pecho  
 vacío, es un desierto  
 que antes, al menos, el dolor llenaba,  
 y ahora nos abrumba con un peso  
 que nadie viene a compartir. La dicha,  
 la dicha misma en maldición se torna



sí no hay quien la divida; y cuando el alma  
 se encuentra así desconsolada y sola,  
 corre a buscar como solaz el odio.  
 Es como si el cadáver en su sueño  
 sentir pudiera el frígido gusano  
 que en torno de él se arrastra y busca hambriento  
 el festín que el sepulcro le dispone,  
 sin poderlo ahuyentar, de horror transido.  
 O como si el pelícano que rasga  
 con el pico su pecho, y con su sangre  
 los hambrientos polluelos alimenta  
 sin deplorar la vida que les cede,  
 al desgarrar su corazón hallara  
 que está desierto de su prole el nido.  
 ¡Los más crueles dolores que atormentan  
 el alma del malvado,  
 deleite son ante el vacío lúgubre,  
 el árido desierto de la mente,  
 y la inquietud del sentimiento ocioso!  
 ¿Quién podría mirar un firmamento  
 sin sol ni nube, y aceptar la suerte  
 de verlo siempre así? Mejor mil veces  
 arrostrar el fragor de la tormenta,  
 que salir para siempre de sus olas  
 a perecer en la desierta playa  
 en medio del silencio y muerta calma,  
 fragmento que se pudre solitario,  
 sin que nadie lo vea.  
 ¡Mejor hundirse en la encrespada ola  
 que estar muriendo a pausas en la peña!

.....

“¡Padre! tus días han corrido en calma  
 entre innúmeras preces  
 marcadas por las cuentas del rosario.  
 Desde tu juventud fue tu destino  
 pedir que dejen de pecar los otros,  
 mientras que tú, sin culpa ni cuidado,  
 sólo has sufrido pasajeros males  
 que impone a todos el común destino.  
 Tendrás la bendición de quedar libre  
 de la furia de indómitas pasiones,  
 como las que revelan a tu oído

aquellos penitentes  
que sus ocultas penas y pecados  
confían a tu pecho  
lleno de compasión y de pureza.  
Mis días, aunque pocos, han pasado  
en intensa alegría y mayor duelo;  
pero en horas de amor y de combate  
me libraba del tedio de la vida.  
ya aliado a mis amigos,  
ya por mis enemigos circundado,  
nunca busqué el hastío del reposo.  
Ahora que no tengo  
nada que amar ni aborrecer; ahora  
que no siento ni orgullo ni esperanza,  
quisiera ser el miserable insecto  
que en la pared de la prisión se arrastra,  
más bien que ver pasar mis lentos días  
a un meditar estéril condenado.  
Pero en mi corazón hay un deseo  
de reposo: reposo que yo ignore.  
Pronto el destino cumplirá este anhelo,  
y ya podré dormir sin que turben  
sueños de lo que fui, y aún sería.  
Por más que mis acciones aparezcan  
oscuras a tus ojos, mi memoria  
no es hoy más que una tumba de alegrías  
ha largo tiempo muertas,  
y mi esperanza es que perezcan todas.  
Más valdría con ellas haber muerto  
que vivir arrastrando esta agonía.  
Jamás el alma mía  
retrocedió ante la afanosa mano  
de un dolor incesante ni he querido  
buscar la tumba que a sí propios se abren  
el necio antiguo y el bribón moderno;  
pero jamás temí encontrar la muerte;  
y si acaso en el campo los peligros  
me hubiesen impulsado a recibirla,  
esclavo de la gloria,  
no del amor, con gusto habría muerto.  
Yo la arrostré, no por un vano alarde  
de honor, a cuyos lauros me sonrió;  
quede para los otros buscar senda  
que los conduzca allí, por sed de fama

o mercenaria prez. A mí, dejadme  
 contemplar otra vez el solo objeto  
 que me parece digno de mi anhelo:  
 la doncella a quien amo, el hombre que odio.  
 ¡Entonces ¡oh! perseguiré al destino  
 para salvar, o destruir, no importa,  
 por entre el hierro matador y el fuego!  
 Ni dudes que lo haría  
 una vez más, éste que ya lo ha hecho.  
 La muerte es lo que el bravo desafía,  
 lo que el débil soporta, lo que sólo  
 invoca el infeliz sin esperanza.  
 Yo no temí el peligro  
 cuando fui grande y venturoso un día.  
 ¿Por qué, por qué lo temería *ahora*?

. . . . .  
 . . . . .

“ ¡Oh monje! Yo la amaba, la adoraba!  
 Mas estas frases las pronuncian todos.  
 Con hechos lo probé más que con voces,  
 y hay sangre todavía en ese sable,  
 mancha que siempre quedará en su acero.  
 ¡La hice correr por ella  
 que por amor a mí rindió la vida;  
 y esa sangre animaba  
 el corazón del hombre detestado!  
 No te asustes; no dobles la rodilla,  
 ni lance tal entre mis culpas cuentas;  
 me absolverás sabiendo  
 que era aquel hombre de tu fe enemigo.  
 Sólo al oír el nombre “Nazareno”  
 se desataba su furor pagano.  
 ¡Ingrato imbécil! Sólo los aceros  
 bien dirigidos por robustas manos,  
 y las heridas que cristianos dieron,  
 le abrieron paso al cielo de los turcos.  
 Sin ellas, sus huríes impacientes,  
 todavía a la puerta del Profeta  
 le aguardaran en vano.  
 Yo la amaba. El amor halla camino  
 por sendas donde no se atreverían  
 lobos hambrientos a buscar la presa;

y, a ser audaz una pasión, no hay duda  
que fuera extraño si no hallase el premio.  
No importa cómo, ni por qué, ni dónde,  
yo no ofrecí ni busqué amor en vano;  
mas por remordimiento algunas veces  
deploré que ella, una vez más, amase.  
Murió, no oso decir de qué manera.  
pero ¡mira! está escrita en esa frente.  
Puedes leer la maldición y el crimen  
de Caín, estampada en caracteres  
que el tiempo no ha borrado.  
Pero aguarda un momento  
antes de condenarme. No fue mía  
la acción, aunque yo fui la causa de ella.  
El no hizo más que aquello que yo mismo,  
siendo ella infiel a más de un hombre, haría.  
Falsa hacia él, recibió de él la muerte:  
fiel hacia mí, le hice morir por ella.  
Por más que mereciera su destino,  
es su lealtad a mí lo que yo veo,  
si bien fuese perfidia para el otro;  
¡ella me dio su corazón, el todo  
que no domina tiranía alguna;  
y yo ¡desventurado! llegué tarde  
para poder salvarla!  
Pero le he dado cuanto darle pude,  
y esto es ya algún consuelo,  
una tumba sangrienta a su enemigo.  
Poco pesa esta muerte en mi conciencia:  
pero de ella la suerte  
me hizo ser lo que soy; digno de tu odio.  
Para él, escrito estaba su destino;  
y harto lo conoció cuando su guía  
le dijo que escuchaba en lo profundo  
de su oído el fragor de la descarga  
que anunciaba cercano el exterminio,  
cuando la tropa estaba aún marchando  
al lugar donde todos sucumbieron.  
El cayó en el calor de la refriega:  
momento en que ninguno  
se acuerda del dolor ni la fatiga.  
Un grito por Mahoma, una plegaria  
a Alá fue cuanto dijo.  
Me conocía y me salió al encuentro

en medio del combate.  
 Allí donde cayó me puse a verlo  
 y a observar la partida de aquella alma.  
 Aunque de parte a parte atravesado,  
 como por acerada javelina  
 el leopardo en la caza ¡él no ha sentido,  
 no, la mitad de lo que siento ahora!  
 Busqué, pero fue en vano, los vestigios  
 de una mente agitada y dolorida:  
 cada facción de aquel siniestro rostro  
 aun en la muerte revelaba su ira,  
 mas no remordimiento.  
 ¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado la venganza  
 por callar en el rostro moribundo  
 la desesperación, o signo de ella;  
 el tardo arrepentirse de esa hora  
 en que la penitencia es impotente  
 para quitar su horror al fin temido,  
 y no puede salvar, y no consuela!

. . . . .

“Fría tienen la sangre  
 los que nacieron en un clima frío;  
 su amor apenas si merece el nombre.  
 El mío era el torrente que de lava  
 el Etna encierra en su inflamado seno.  
 No con lengua versátil y parlera  
 puedo hablar de bellezas adoradas  
 y amorosas cadenas;  
 pero si el fuego que en las venas cunde,  
 si el rostro que se inflama y palidece,  
 si los labios que tiemblan sin quejarse,  
 si el corazón presto a estallar, la mente  
 presa de hondo delirio,  
 y el hecho audaz y el vengador acero;  
 todo lo que sentía y siento ahora,  
 quieren decir amor, amor fue el mío:  
 harto lo prueban bien amargas huellas.  
 Yo no podía, es cierto, dar suspiros  
 e inútiles lamentos:  
 obtener o morir supe tan sólo.  
 Y muero, habiendo poseído el triunfo,  
 y que suceda ahora lo que quiera;

ya disfruté la bendición del goce.  
 ¿Maldeciré el destino que he buscado?  
 ¡No! Si no fuera por la triste idea  
 de Leila asesinada;  
 aunque de todo despojado quede,  
 dadme el placer con el dolor, y osado  
 me lanzaré a vivir y a amar de nuevo!  
 Desconsolado estoy ¡oh santo guía!  
 mas no por mí que muero; sino sólo  
 por ella que murió y ahora duerme  
 debajo de la ola fugitiva.  
 ¡Ah! si estuviera en tierra su sepulcro,  
 mi pobre corazón y mi cabeza  
 con ella partirían  
 aquel angosto solitario lecho.  
 Forma de vida y esplendor era ella  
 que, vista, se grababa para siempre;  
 fue, dondequiera que volví los ojos,  
 estrella matinal de mi memoria.

“Sí: luz del cielo es el amor, centella  
 de aquel fuego inmortal de Alá venido,  
 que con el ángel participa el hombre  
 para alzar de la tierra su deseo.  
 Guía la devoción la mente al cielo;  
 en el amor desciende el cielo mismo;  
 sentimiento tomado del Eterno  
 para alejar el sórdido egoísmo;  
 emanación de Aquél que formó el todo,  
 halo de gloria alrededor del alma.  
 Mi amor, no hay duda, era imperfecto, malo,  
 cuanto malo disfrazan los mortales  
 con tal nombre. Decid que era un delito,  
 decid cuanto queráis; pero decidme,  
 ¡oh, decidme que no era el suyo un crimen!  
 Ella fue de mi vida luz y norte:  
 una vez apagada ¿qué destello  
 romperá las tinieblas de mi noche?  
 ¡Oh! si brillar pudiera, y conducirme  
 aunque sea a la muerte,  
 aunque sea a atentados más horribles!  
 ¿Por qué te ha de asombrar que los que pierden,  
 junto con su deleite, su esperanza,  
 mansamente al dolor no se sometan;

que acusen delirantes el destino,  
y enloquecidos cumplan esos hechos  
que unir parecen al dolor el crimen?  
¡Ay! El pecho que dentro llora sangre  
no tiene que temer golpes de afuera;  
y a quien perdió cuanto de dicha tuvo,  
en cuál abismo se hundirá, no importa.  
Aparecen mis hechos a tu vista  
¡oh anciano! tan feroces  
cual los del torvo buitre; y en tu frente  
leo el horror. ¡También fue mi destino  
tener que sufrir esto! Semejante  
soy, en verdad, a esa ave de rapiña,  
con destrucción marcando mi camino;  
pero en cambio, aprendí de la paloma  
a morir... sin tener amor segundo.  
Aún tiene el hombre que aprender de aquell  
que más desdenea, esta lección sublime:  
el pájaro que canta en la espesura,  
el cisne que en el lago se desliza,  
tienen por compañera una tan sólo.  
Y dejemos al necio que haga alarde  
entre sus juveniles compañeros  
de escarnacer al que jamás varía.  
No envidio sus placeres,  
antes bien, me parece un ser tan débil  
y tan sin corazón, que le prefiero  
mil veces aquel cisne en la laguna.  
¡Cuán inferior es a la frágil joven,  
crédula y traicionada, a quien olvida!  
¡Yo, a lo menos, no sufro esa vergüenza!  
Tuyo fue, Leila, cada pensamiento,  
tuyos mi bien, mi culpa, mi ventura,  
mi angustia, mi esperanza  
de lo que hay en el cielo,  
mi todo en este desolado mundo.  
Igual a ti ninguna hay en la tierra;  
o si existiere, para mí es en vano,  
y ver no osara ni por todo un mundo  
la que, no siendo tú, se te asemeje.  
Bien claro lo atestiguan  
hasta los mismos crímenes sangrientos  
que mancharon mis años juveniles,  
y este lecho de muerte. ¡Siempre has sido,

siempre eres el delirio idolatrado  
a que mi pobre corazón se adhiere!

"Ella desapareció... y aún yo vivía,  
mas no con vida humana.  
Como anillo infernal, una serpiente  
mi corazón ceñía, que sin tregua  
impulsaba a la lucha el pensamiento.  
Igual en todo tiempo, he detestado  
todo lugar: ¡retrocedí convulso,  
de la naturaleza ante el aspecto,  
donde cada matiz, mi encanto un día,  
se ennegreció en las sombras de mi alma!  
Ya sabes lo demás: todas mis culpas  
y la mitad de mi dolor. No me hables  
todavía una vez de penitencia.  
Ya ves que pronto he de partir del mundo:  
si tu santa leyenda es como dices  
¿puedes tú deshacer lo que está hecho?  
No me creas ingrato. Mi amargura  
no es de las que consuela el sacerdocio:  
imagina el estado de mi alma:  
si has de apiadarte más, diserta menos.  
Cuando a mi Leila vuelvas a la vida,  
entonces rogaré que me perdones:  
y entonces tú defenderás mi causa  
en ese cielo que concede indulto  
cuando se pueden pagar bien las misas.  
Ve, cuando el cazador ha arrebatado  
de la cueva nativa a los cachorros,  
ve a calmar la leona solitaria.  
No quieras consolarme, es una burla.

"En más tempranos días  
y más felices horas,  
cuando los corazones se deleitan  
en estrecharse en mutua simpatía;  
allá donde florecen los jardines  
de mi valle nativo,  
tuve ¡ah! ¿le tengo aún?... tuve un amigo  
Ruégote que le envíes esta prenda,  
memoria de unos votos juveniles.  
Quiero que de mi fin se acuerde ahora.  
Aunque almas embebidas cual la mía



dan apenas un breve pensamiento  
 a la amistad remota,  
 mi mancillado nombre aún le es querido.  
 ¡Extraña cosa! El anunció mi suerte,  
 y sonreí, podía hacerlo entonces;  
 cuando habló por voz suya la Prudencia  
 aconsejando, no sé qué, a mi oído.  
 Pero el recuerdo se despierta ahora  
 de esos acentos que advertía apenas,  
 dile que se han cumplido sus pronósticos,  
 y él oirá la verdad sobresaltado,  
 doliéndose de ver que fueron justos.  
 Dile que, aunque, al través de mil escenas  
 afanosas y amargas, parecía  
 que me olvidaba del feliz pasado  
 de nuestra hermosa juventud, ahora  
 en mi dolor, con labio balbuciente,  
 pronto a morir, bendigo su memoria.  
 Pero el cielo quizás desdeñaría  
 que por el justo el delincuente implore.  
 No pido que me ahorre la censura:  
 harto gentil es él para que quiera  
 murmurar de mi nombre;  
 ni ¿qué tengo que hacer yo con la fama?  
 Ni le ruego que evite el lamentarme;  
 no piense que desdeño su cariño;  
 ni ¿qué mejor adorno que una lágrima  
 de amistad varonil, para el sepulcro  
 donde duerme un hermano?  
 Dale este anillo, que fue suyo un tiempo,  
 y dile, dile lo que ves ahora:  
 ¡un cuerpo exhausto, un pensamiento en ruinas  
 náufragos restos de pasiones fieras,  
 página desgarrada, hoja perdida  
 que el viento del otoño,  
 ráfaga del dolor, ha marchitado!

. . . . .

“No me hables más de fantasía ¡oh padre!  
 porque esto, no, esto no ha sido un sueño.  
 ¡Ay! el que sueña ha de dormir primero;  
 y yo estaba en vigilia, y anhelaba  
 poder llorar, el latido de mi frente

sacudía implacable mi cerebro.  
 ¡Ah! siquiera una lágrima, una sola,  
 fuera una bendición, nueva y querida,  
 y anhelaba por ella como ahora.  
 Pero ha podido más que mi deseo  
 la desesperación: ella es más fuerte  
 que tus piadosas preces. No prodigues  
 en vano tu oración: yo no querría  
 ser, aunque lo pudiera, bendecido.

[ Si acaso yo abrigase la esperanza  
 de eterna dicha, renunciara al cielo:  
 reposo, paz, no el Paraíso, anhelo.

“Fue entonces, padre, entonces que la tuve  
 ante mis ojos; otra vez vivía,  
 y en su blanco *simar* resplandecía,  
 como al través de esa pardusca nube  
 brillar miro la estrella,  
 que contemplo yo ahora, cual miraba  
 otra que fulguraba.  
 y aun resplandece más hermosa que ella.  
 Confusa veo su lumbre vacilante;  
 ha de estar mucho más obscurecida  
 en noche no distante.  
 Mas antes que esa estrella adorne el manto  
 nocturno, yo ese objeto, ya sin vida,  
 seré que a los vivientes cause espanto.

. . . . .

“Oh padre!, ya mi mente desvaría,  
 pues emprende su vuelo el alma mía  
 al término fatal de su jornada.  
 Yo la ví, y olvidando mi pasada,  
 profunda, acerba pena en ese instante,  
 me arrojé de mi lecho,  
 hacia *ella* me lanzo, y, palpitante,  
 contra mi triste corazón la estrecho.  
 ¡La estrecho!. . . Mas ahora, delirante,  
 ¿qué es lo que oprimo yo contra mi pecho?  
 No es una forma que la vida agite,  
 no un corazón que junto a mí se inclina  
 es, ¡oh bella!, tu imagen peregrina.

Mas ¿cómo tan cambiada  
te encuentro, mi adorada,  
que puedas a mis ojos presentarte,  
y yo no pueda, dulce bien, palparte?  
¿Qué importa que cual hielo se hallen fríos  
los que de tu belleza encantos fueron,  
si pueden estrechar los brazos míos  
el solo bien que retener quisieron? ]

Mas ¡ay! que sólo entrechan una sombra,  
se cruzan en mi pecho solitario,  
y sin embargo ella está allí. En silencio  
se alza de pie, sus manos suplicantes  
se extienden hacia mí, veo sus ojos  
negros, brillantes, su trenzado pelo  
¡ah! bien sabía yo que era mentira  
que ella estuviese muerta. Era imposible.  
Quien está muerto es él. En el barranco  
donde cayó, lo vi enterrar yo mismo.  
El no viene: no puede levantarse  
del seno de la tierra. ¿Por qué, entonces,  
estás despierta tú? ¿No me dijeron  
que turbulentas olas se encrespaban  
sobre tu faz, sobre tu amada forma?  
¿Qué abominable cuento!... Yo diría  
todo esto, mas mi lengua desfallece.  
Y si fuere verdad que desde el fondo  
de tu gruta en el lecho de los mares,  
a pedir vienes más tranquila tumba  
¡oh, pon sobre mi frente,  
para que no arda más, tu fría mano,  
o encima de este corazón doliente!  
Mas, forma o sombra, comoquier que seas,  
¡por piedad! no te alejes: o si partes  
¡llévate para siempre el alma mía  
más allá de los vientos y las olas!  
yo no quiero el Edén, sino el descanso.  
Fue entonces, padre, te lo afirmo, entonces  
cuando la vi; y estaba otra vez viva,  
y, al través de su blanca vestidura,  
brillaba, como brilla en este instante  
tras la pálida nube cenicienta  
la estrella que allá ves: así la he visto,  
pero mucho más bella todavía.

Ya apenas veo titilar sus rayos;  
 mañana hará una noche más oscura. . .  
 Antes que vuelva a aparecer su brillo  
 seré el polvo que temen los que viven.  
 Perdona, padre, si divago; mi alma  
 se acerca a largo paso a la salida.  
 Sí, la vi ¡oh monje! y olvidando al punto  
 nuestro antiguo dolor, desde mi lecho  
 me lancé erguido y la estreché en mis brazos  
 sobre mi corazón desesperado.  
 ¿Qué es lo que abrazo? No hay latido alguno  
 del corazón que al corazón responde:  
 no es forma que respira; y entretanto  
 tuya es ¡oh Leila! esta adorada forma.  
 ¡Ah! y ¿cómo puedes, alma de mi alma,  
 cambiar así, que, viéndote la misma,  
 no te pueda sentir cuando te toco?  
 Pero no importa si en beldad tan fría  
 te has transformado: entre mis brazos cierro  
 todo lo que ocultaba mi delirio.

. . . . .  
 . . . . .

“Tal es mi nombre: tal mi historia ¡oh padre!  
 ya he revelado a tu discreto oído  
 las penas que me agobian. Te agradezco  
 la generosa lágrima que nunca  
 podrían derramar mis yertos ojos.  
 Déjame entre los muertos más humildes,  
 y, fuera de una cruz, mi cabecera  
 ni nombre ostente ni inscripción alguna  
 que atraiga las miradas del extraño  
 o en su paso detenga al peregrino.”

Pasó... sin dejar prenda ni vestigio  
 de su nombre o su raza.  
 salvo lo que se guarda en el secreto  
 del monje que velaba su agonía;  
 y esta truncada narración es todo  
 lo que saber pudimos de su amada  
 y de aquél que inmoló para vengarse.